

El señor y la señora Bolter

Mientras el señor Bronwlow se reencontraba con su querido Oliver, un hombre y una mujer caminaban hacia Londres.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó ella—. ¿Son aquellas luces del fondo? Estarán por lo menos a dos millas...

—¡Calla de una maldita vez y sigue caminando —respondió él—, o te enviaré hasta allí de una patada!

—¿Dónde vamos a pasar la noche, Noah?

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó el señor Claypole de mal humor—. ¡No querrás que paremos en el primer hostel que veamos...! Seguro que Sowerberry nos está pisando los talones, así que no vamos a ponerle las cosas fáciles. ¿O es que quieres que nos lleve de vuelta con las esposas puestas? ¡Ni hablar! Vamos a meternos por las callejuelas más estrechas que encontremos. ¡Suerter que uno de los dos tiene cabeza!

—¡No la pagues conmigo, Noah! ¡Si hemos tenido que escaparnos, ha sido por tu culpa!

—¡El dinero lo cogiste tú...!

—¡Porque tú me lo ordenaste...!

Charlotte tenía razón. Noah le había confiado la misión y el transporte del botín para asegurarse de que no lo inculparían a él si los atrapaban.

Continuaron su camino a buen paso y sin cruzar palabra. Al llegar a Islington y ver el gran número de transeúntes, carros y

caballos que abarrotaban las calles, la pareja intuyó que habían entrado en Londres. Noah intentó evitar las avenidas más anchas y atestadas de gente y llevó a su esposa por los callejones más laberínticos, que eran también los más cochambrosos. Bajaron por la travesía Saint John hasta una de las peores barriadas que el progreso ha legado a la ciudad. Y, una vez allí, se adentraron en un mísero hostel, donde Barney, el muchacho encargado de recibir a los huéspedes, leía un periódico lleno de mugre.

—¿Es esto *Los tres lisiados*? —le preguntó Noah.

—Así es. ¿Acaso no ha visto el rótulo?

—Un caballero al que conocimos en la carretera nos recomendó que nos hospedáramos aquí —dijo Noah—. Queremos pasar la noche.

—No sé si será posible; voy a ver.

—Mientras tanto, sírvenos un poco de carne y unas cervezas.



Barney les sirvió y luego se metió en la trastienda. Fagin, que iba buscando a alguno de sus chicos, acababa de hablar con el dueño del hostel cuando se cruzó con el mozo.

—Tenemos visita —le dijo Barney.

Fagin se mostró interesado. Se subió en un taburete y acercó un ojo a una pequeña grieta que daba al interior del local, a través de la cual vio a Noah sorbiendo su cerveza. Luego, Fagin acercó la oreja al agujero para oír lo que decían los recién llegados.

—Acabaré siendo un distinguido caballero —aseguraba el señor Claypole.

—Ojalá sea así —replicó Charlotte—, pero no todos los días puede uno vaciar una caja e irse de rositas.

—Es verdad, no todos los días tendremos a nuestro alcance una caja llena de dinero, pero entonces recurriremos a las carteras, los bolsos, las casas, los comercios, los bancos... ¡Londres es una gran ciudad para un gran hombre como yo!

—¡Oh, cómo me gusta oírte decir esas cosas! —suspiró ella en tono dulzón.

—Llegaré a ser el capitán de una banda importante.

El *señor* Claypole acababa de decir estas palabras cuando Fagin abrió la puerta de la trastienda. Tras un caluroso «buenas noches» y una afectada reverencia, el viejo judío se sentó junto a los recién llegados.

—¡Anda, Barney, ponme un poco de ginebra con agua caliente! —dijo—. Hace una noche preciosa, aunque algo fría para esta época del año. ¿Acaban de llegar ustedes?

—Sí, señor —respondió Noah—. ¿Cómo lo sabe?

—Por el polvo de sus zapatos.

—Éste es un tipo listo, ¿oyes, Charlotte? —dijo el chico.

—Por aquí no se ven muchos billetes de veinte libras como ése —continuó Fagin señalando a la mesa—. ¿También os dedicáis al negocio?

—¿A qué negocio? —preguntó Claypole.

—Al negocio —repitió Fagin—. Aquí todos nos dedicamos al negocio, así que podéis hablar con tranquilidad. En toda la ciudad no hay un agujero más seguro que *Los tres lisiados*.

Noah miró de reojo el hatillo¹ que Charlotte había llevado durante todo el camino, y que ahora reposaba a su izquierda, en una silla vacía. El viejo notó que Noah desconfiaba, así que agregó:

1 **hatillo**: equipaje que uno lleva envuelto en una tela.

—Tengo un amigo que podría colocarte en la rama del negocio que más te interese, y enseñarte todas las demás. ¿Te gustaría unirte a él?

—¿Se dedica a algún negocio *próspero*? —preguntó Noah, haciéndose el interesante.

—Muy próspero. Da trabajo a decenas de personas y tiene la mejor plantilla del sector.

—¡Ejem! ¿Y cuánto se gana? —quiso saber Noah.

—Te aseguro que, si entras en el negocio, vivirás como un señor —advirtió Fagin—. Tendrás alojamiento, comida, alcohol y tabaco gratuitos. Y además podrás quedarte con la mitad de lo que trabajes y la mitad de lo que trabaje tu chica.

—¿Y cuál es la rama del negocio que más me conviene? Algo que no sea demasiado peligroso y que no canse mucho...

—¿Qué te parecería encargarte de las viejas? Suelen llevar los bolsos repletos y no pueden correr detrás de ti.

—Pero me han dicho que gritan mucho y a veces arañan...

—Entonces dedícate a los niños que salen a hacer recados con el monedero de sus madres. Son débiles y no corren mucho, ¡ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí, ése es el trabajo adecuado para mí! —gritó Noah zapateando el suelo con entusiasmo.

—Entonces, hecho. Quedamos aquí, mañana a las diez —resolvió Fagin—. ¿Por quién debo preguntar?

—Por Bolter. Señor Morris Bolter. Ése es mi nombre. ¿Has oído, Charlotte? —dijo Noah.

—Claro, Noah, querido —contestó Charlotte.

—Me llama Noah cariñosamente, ya sabes, las mujeres tienen esas cosas —dijo el *señor Bolter*, antes *señor Claypole*.

—¡Ah, sí! Ya entiendo...

Al día siguiente, Noah y Charlotte, también conocidos como *el señor y la señora Bolter*, ya se habían instalado en la casa del viejo Fagin.

—El mejor amigo de un hombre es uno mismo —les decía el anciano—. Mucha gente dice que el tres es el número mágico, otros dicen que el siete, pero no es ninguno de esos: es el uno.²

—¡Cuánta sabiduría! —exclamó boquiabierto el *señor Bolter*.

—Es la confianza mutua que nos tenemos —continuó Fagin— lo que me hace soportar las grandes pérdidas. Ayer mismo me quedé sin el chico que era mi mano derecha.

—¿No querrás decir que ha palmado? —preguntó Noah tocándose el cuello.

—¡No, no! Lo han acusado de robar una cartera. ¡Tendrías que haber conocido al *Marrullero*, amigo mío...!

En esto, apareció el *maestro* Bates, que venía fumando y caminaba con las manos metidas en los bolsillos de su chaleco.

—¡Se acabó! —dijo Charley.

—¿Cómo que se acabó? ¿Qué quieres decir? —rugió Fagin.

—Tienen dos o tres testigos que lo van a identificar, además del dueño de la cartera. Ojalá pudiera verle antes de que se vaya de viaje —dijo el *maestro* Bates con gran tristeza.

—Tampoco es para tanto —replicó Fagin—. Piensa que, a fin de cuentas, el *Marrullero* se va con honor y gloria. Siempre estuvo por encima de nosotros, y no había nadie que se atreviese a

2 Las palabras de Fagin son una tergiversación del *utilitarismo*. Jeremy Bentham, uno de los padres de dicha corriente ideológica, defendía que cada ser humano debe actuar en su propio beneficio, pues la prosperidad personal de cada uno trae consigo el bienestar colectivo.

rechistarle. Estoy seguro de que no hará nada que nos pueda perjudicar. Y piensa en la suerte que tiene: ¡con lo joven que es y se puede ir de viaje con los gastos pagados!³

—Sí, ¡qué suerte! —dijo Charley sin demasiado énfasis.

—Vivirá como un señor —añadió el viejo judío—. Tendrá cerveza todos los días, y tanto dinero en el bolsillo que le faltará tiempo para gastárselo.

—¡Sí, sí! ¡Ja, ja, ja! —respondió Charley, cada vez más animado—. Vivirá como un señor.

—¡Pues claro! ¡Ja, ja, ja! —rió Fagin—. ¡Menudo es el *Marrullero*! Ahora lo que importa es enterarse de cómo va el juicio.

—¿Quieres que vaya yo, Fagin? —se ofreció Charley.

—No, no, ni hablar. Con uno basta. No podemos perder dos de una vez —dijo Fagin, pensativo.

—Entonces, ¿por qué no envías al nuevo?

El *señor Bolter* no estaba por la labor, pero al final, a regañadientes, aceptó asistir al juicio. Bajo la dirección de Fagin, se disfrazó de carretero: sombrero de fieltro, blusa amplia, pantalón bombacho de pana y polainas de cuero.⁴ Luego, le indicaron dónde estaba el juzgado y le dieron una descripción detallada del *Marrullero* para que pudiera identificarlo.

El *señor Bolter* siguió puntualmente las instrucciones y en menos de media hora ya se encontraba en el juzgado, rodeado por una multitud en la que dominaban las mujeres. La sala tenía los muros mugrientos y el techo ennegrecido, carecía de ventilación

3 Durante el siglo XIX, en Inglaterra, los condenados eran enviados a las colonias británicas, a menudo a Australia. A ese “viaje” se refiere Fagin.

4 **polainas**: prenda de piel que cubre la pantorrilla, desde el tobillo hasta la rodilla.

y se hallaba casi a oscuras. A un lado estaba el estrado, separado del banquillo del acusado por una barandilla de madera; en la pared del fondo había un reloj. El carcelero estaba apoyado en las rejas que daban a las celdas.

Noah no tardó en reconocer al *Marrullero*, que se sujetaba el sombrero con una mano mientras mantenía la otra dentro del bolsillo del chaleco.

—Soy un caballero inglés, así que deben respetar mis privilegios —decía.

—Ya te darán privilegios, holgazán. Y bien picantitos... —replicó el carcelero.

—Ya veremos qué es lo que opina al respecto el ministro de Justicia —dijo el *Marrullero*—. Y ahora, agradecería a los señores magistrados que sobreseyeran esta causa sin importancia,⁵ pues ellos tienen que seguir leyendo el periódico y yo debo atender a ciertos negocios.

—¡Silencio! —le increpó el carcelero.

—Pero, ¿qué es esto? —dijo uno de los jueces.

—Un caso de hurto,⁶ Su Señoría —respondió el carcelero.

—¿Había pasado el muchacho por aquí en alguna otra ocasión? —preguntó el magistrado.

—Muchísimas veces —dijo el carcelero—. Aquí todo el mundo lo conoce.

—¿Que me conocen? ¿A mí? —dijo el *Marrullero*, fingiendo una gran sorpresa—. ¡Ya está! Esto es un caso claro de confusión de identidad. Debo de parecerme a otra persona...

5 **magistrado**: juez; **sobreseer**: interrumpir un proceso judicial; **causa**: proceso, caso judicial.

6 **hurto**: robo.



La sala entera soltó una carcajada.

—¡Orden! ¡Silencio en la sala! —exigió el juez—. ¿Hay testigos del delito?

—Sí, señor.

—¡Eso es! ¿Dónde están? —intervino Jack—. Ellos podrán aclarar la confusión.

Su deseo fue satisfecho al instante, pues salieron un policía, que casualmente había presenciado el hurto, con una cartera en la mano, el dueño de la misma y hasta tres testigos más, que narraron con todo detalle lo que había ocurrido.

—¿Quiere defenderse de estas acusaciones? —le preguntó el magistrado al *Marrullero*.

—¡Por favor! ¡Jamás me rebajaría a hablar con gente de tan baja condición! —exclamó Jack.

—¿No tiene nada que añadir? —insistió el juez.

—¿Se dirige a mí Su Señoría? —dijo Jack.

—Muy bien —resolvió el juez—. ¡Lo declaramos culpable! ¡Llévenselo ahora mismo!

—¿Cómo? ¡Pagarán por esto, ya lo creo que pagarán, y pagarán muy caro...!

Mientras seguía protestando, Jack Dawkins fue arrastrado por el cuello de la camisa hasta su celda.

—¡Este asunto llegará a las más altas instancias! —amenazaba.

Noah no esperó más. Salió del juzgado a toda prisa y corrió a contarle a Fagin las buenas noticias: el *Marrullero*, haciendo honor a su buena crianza, se estaba labrando una gran reputación en los estrados de Londres.